

LA HISTORIA INTERNACIONAL EN LA HISTORIA RECIENTE: TEORÍAS, REDES Y FRAGMENTOS¹

Montserrat Huguet*

Recibido: 7 Mayo 2012 / Revisado: 24 Mayo 2012 / Aceptado: 4 Junio 2012

A lo largo de la historia contemporánea el Internacionalismo ha aspirado al establecimiento de unas condiciones de entendimiento supraestatal. A mediados del siglo XIX, conjuraba el afán nacionalista de los poderes públicos, encarnando en su definición la voluntad popular de una sociedad mundial equilibrada y justa. La voluntad originaria del internacionalismo fue desplazada sin embargo por los avatares políticos de las naciones, que se arrogaron el derecho a usar este dominio para la expansión extrafronteriza de sus intereses económicos y políticos.

El internacionalismo terminaría siendo a lo largo del siglo XX una cuestión de poseer la sensibilidad adecuada, en el contexto de unas capacidades técnicas muy convenientes a la progresiva modernidad mundializada. El internacionalismo vio colmadas sus aspiraciones en el último bienio del siglo XX gracias al fenómeno de la globalización. La cooperación de los agentes en las relaciones internacionales convenía a los procesos de la dispersión mundial de la economía, la cultura y la política y progresivamente, se hizo patente que el valor de las estrategias supranacionales era adecuado a los intereses de las naciones. En sus diferentes escalas, la internacionalización de los procesos productivos y de los mecanismos económicos y financieros se convertiría en un factor tan esencial para el Capitalismo como un siglo atrás lo había sido la división mundial del trabajo. Anclada en ella –a la

internacionalización– la vida de las personas cobraba una dimensión singular desde un punto de vista histórico.

El contenido de las siguientes páginas se articula en torno a tres conceptos: las teorías, las redes y los fragmentos. En “teorías” se atiende al desfase entre la experiencia de la historia internacional reciente y los modos clásicos de la historia internacional y de sus paradigmas. En el apartado “redes” se propone considerar la pérdida de pujanza de la historia internacional en el marco de la creciente mundialización del relato contemporáneo. El tercer apartado se refiere a la “fragmentación” de temas en el conjunto de estudios de la historia internacional al hilo de la historia reciente, y de la prevalencia de algunas dinámicas históricas –se aludirá únicamente al conflicto– al que se dedicarán las últimas páginas.

1. TEORÍAS: LA HISTORIA INTERNACIONAL A PROPÓSITO DE LA HISTORIA RECIENTE

El peso de los acontecimientos mundiales a finales del siglo XX daba a entender que era tentativa frustrada intentar abordar los problemas particulares al margen de la perspectiva global. La multilateralidad imperante y la evidente interconexión de todos los planos de la actividad humana, ponían en serias duda la validez de enfoques que se limi-

* Universidad Carlos III de Madrid. E-mail: huguet@hum.uc3m.es

¹ El interés por este tema nace de la ponencia realizada por mí, con el título: *La Historia de las Relaciones Internacionales, como disciplina académica y área de investigación*, presentada en el Congreso de la Comisión Española de Historia de las Relaciones Internacionales, 17 noviembre 2011, Universidad Rey Juan Carlos de Madrid.

taban a mirar las líneas de actividad que atravesaban las fronteras entre los estados. ¿Por qué no pues –argüían los especialistas– un enfoque global, una historia capaz de reflejar el fenómeno histórico contemporáneo de la interconexión obviando las compartimentaciones y las cronologías al uso, optando por dar relieve a la argumentación teórica²? ¿No eran acaso los ciudadanos miembros de una sociedad global y cosmopolita?

Ulrick Beck defendía la fuerza del cosmopolitismo, dando por cierto sin embargo que dicho cosmopolitismo habría de ser entendido desde una perspectiva realista, autocrítica y escéptica³. Beck apuntaba que, a diferencia de los internacionalismos contemporáneos, el cosmopolitismo no surgía de la teoría política o filosófica, sino de la experiencia impuesta por los cambios históricos⁴. Sin embargo, no había *universalismo* en esta visión del cosmopolitismo, pues lo que defendía Beck era la integración de la diversidad y la aceptación sosegada de los conflictos. La reflexión de Beck hacía guiños a la teoría de la sociedad del riesgo, expuesta a mediados de los años ochenta⁵. Ya entonces se aseguraba que en la sociedad cosmopolita es factible cualquier fenómeno calamitoso y que, por muy localizado que este sea, sus repercusiones podrían ser inauditas. En los años noventa se hacía fuerte la idea de que la multipertenencia –de la ciudadanía multicultural⁶– era inevitable a medida que el siste-

ma evolucionaba hacia un nivel de complejidad y diversidad. En dicho ámbito y a una escala global, las minorías cobraban finalmente la visibilidad pública que en justicia les correspondía⁷. Varios autores trataron pues los efectos de la globalización en términos de ciudadanía⁸ y sus implicaciones, con respecto a los derechos humanos⁹. La herencia de la Ilustración y del Romanticismo servía a nuestra capacidad contemporánea para compartir espacios de mentalidad y de actuación opuestos, quebrando los límites que el liberalismo contemporáneo había impuesto a la ciudadanía¹⁰.

La complejidad¹¹ ha sido en las dos últimas décadas una categoría muy útil para explicar un tránsito entre épocas cuyos perfiles se manifestaban difusos. Pero también para resucitar aspectos tan esenciales de la condición humana en su relación con la historia como el de la responsabilidad¹² del grupo en relación con las acciones tradicionalmente imputadas a los individuos¹³. La complejidad se mostraría como un acopio de opciones que enriquecía la vida de las personas antes limitada a las esferas local y nacional, aunque también como un obstáculo susceptible de embargar a las sociedades en experiencias más difíciles. La complejidad desbancaba a la noción clásica de progreso: constante y perfectible en su tradición¹⁴. La complejidad era la forma moderna de la historia, especialmente visible en el ámbito internacional, y daba lugar a la

² Una monografía relevante en español: Aróstegui, J. (et alii): *El mundo contemporáneo: historia y problemas*, Buenos Aires, Barcelona, Biblos, Crítica, 2001.

³ Ver la entrevista a Beck realizada por Alfieri, C.: *Revista de Occidente* nº 296, enero 2006; con motivo de la edición en castellano del libro de Beck, U.: *La mirada cosmopolita o la guerra es la paz*, Barcelona, Paidós, 2006.

⁴ Gray, J.: *Postimerías e inicios. Ideas para un cambio de época*. Barcelona, Paidós, 2000.

⁵ Beck, U.: *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*, Barcelona, Paidós, 1986.

⁶ Kymlicka, W.: *Multicultural Citizenship: A Liberal Theory of Minority Rights*, Oxford, Oxford University Press, 1995.

⁷ Kymlicka, W., y Straehle, CH.: *Cosmopolitismo, Estado-nación y nacionalismo de las minorías. Un análisis crítico de la literatura reciente*, México, UNAM, 2003.

⁸ Petras, J.F.: *El informe Petras: globalización y ciudadanía. De Pericles a Samaranch*, Argitaletxe Hiru, 1999. GIDDENS, A.: *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid, Taurus, 2000.

⁹ Fariñas, M.J.: *Globalización, ciudadanía y derechos humanos*. Dykinson, 2000.

¹⁰ Spinner, J.: *The Boundaries of Citizenship: Race, Ethnicity and Nationality in the Liberal State*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1994.

¹¹ Lewin, R.: *Complejidad. Caos como generador de orden*, Barcelona, 2002.

¹² Serrano, V. (ed.): *Ética y globalización. Cosmopolitismo, responsabilidad y diferencia en un mundo global*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004.

¹³ A modo de ejemplo, Cattaruzza, M. et alii.: *Historia de la Shoah. La crisis de Europa, el exterminio de los judíos y la memoria del siglo XX*. Ed. Enzo Traverso Edizioni UTET, 5 volúmenes, 3 DVDs vídeo, 1 CD-ROM.

¹⁴ La historia de la idea de progreso de Nisbett aparece a comienzos de la década de los años ochenta, en español Nisbet, R.: *Historia de la idea de progreso*. Barcelona, 1981.

pregunta de si acaso el futuro –en términos históricos– no estaba clausurado de antemano¹⁵. El problema del consenso y la gobernanza global¹⁶ fue objeto de intensos análisis en la década pasada.

Así pues, en el contexto de la historia reciente cabía preguntarse de qué materia académica se construía la historia de las relaciones internacionales, qué cultura o grupo académico se arrogaría la capacidad para organizar sus contenidos, de proponer metodologías o de plantear las investigaciones. Cuál fuera el objeto de estudio de la Historia de las Relaciones Internacionales y en qué se diferenciaba de los estudios internacionales a secas, los debates a propósito no fueron vanos y siguen abiertos.

Poco podemos aportar a la polémica, excepto anotar la muy solvente observación del profesor de Columbia Robert Jervis, atento desde su condición de politólogo a juzgar con cierta rectitud los *desmanes principescos* de los historiadores, de quienes sugiere una doble moral muy poco virtuosa. Los historiadores, ha dicho Jervis recientemente, reniegan en público de ciertos modelos diseñados por la ciencia política para dar visibilidad a las relaciones internacionales, al mismo tiempo que hacen uso de ellos, por su innegable utilidad analítica y descriptiva –añado yo. Así, volviendo a Jervis, este sugiere que el historiador acapararía las teorías de ramas de las ciencias sociales a las que desprecia no obstante en el proceso de comparación con la historia¹⁷. Siendo esto así, Jervis reconoce haber aprendido enormemente de la Historia Internacional. En un intento de concluir su valoración de un modo más diplomático, asume que con las diferencias obvias entre ambos campos, la historia y la politología, ambos están forzados al entendimiento pues comparten lo fundamental: el interés por las pautas, las idiosincrasias y los cambios habidos en las relaciones transfronterizas, pero sobre todo la intención de formar adecuadamente a los estudiantes. La búsqueda de luz en los acontecimientos, o el diseño de teorías y modelos útiles para la comprensión del presente y su historia no deberían ser excluyentes, de ahí que Jervis reivindique para la politología un

legítimo derecho a tomarse interés por el evento y para la historia, la tentación de dilucidar en el pasado las pautas –estructuras o modelos– que también pudieran darse en el presente.

Con todo, las disciplinas académicas tienen sus tradiciones y la historia internacional, vinculada a los estudios humanísticos, defiende un conjunto de premisas de las que forzosamente carecerían las ciencias sociales. Me refiero, cómo no, a la prevalencia de lo fáctico frente a lo teórico, a la omnipresencia del hilo temporal con sus ritmos y giros particulares: acelerones y retrocesos, puntos de inflexión y permanencias; hablaríamos de la búsqueda de respuestas eficientes en la tarea comparativa de procesos. Pero sobre todo, es obligado aludir al enjuiciamiento insustituible de la historia desde la configuración particular de la mirada de cada narrador –en el hábito de *pensar con la historia*¹⁸–, del cronista o del individuo que viviendo la historia se reconoce a sí mismo como historia y se compromete a elaborar discursos verosímiles en el rigor del método y el uso del sentido común que la profesión enseña.

En la compleja realidad académica y por razones prácticas elegiré la denominación de *Historia Internacional* (muy usada fuera de España) para referirme también a la Historia de las Relaciones Internacionales. En la actualidad y ante la expansión y énfasis de los estudios de relaciones internacionales, conviene a mi juicio expandir la definición del ámbito de la materia a toda *historia no nacional*. Tomaríamos como objetos de estudio aquellos que eluden los contenidos y estructuras de las historias nacionales así como los análisis político-sociales en curso. Pues bien, la Historia Internacional en su reciente evolución tampoco fue ajena a la incorporación de nuevos sujetos históricos, las *otras historias*, a los así llamados *giros cultural y espacial* o, si se prefiere, a los elementos que conformaron supuestamente la postmodernidad. En los años ochenta y a propósito del giro cultural, la historia internacional como el resto de los estudios internacionales aprovechó para vengarse de la

¹⁵ Vera, J.M.: “Utopía y pensamiento disutópico”, en Roca, J.M. (ed.): *La izquierda a la intemperie, Dominación, mito y utopía*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 1997, 121-132.

¹⁶ La noción de consenso sería relevante. Williamson, J.: “A Short History of the Washington Consensus”. Conferencia de la Fundación CIBOD: *Del Consenso de Washington a una Gobernanza Global*, Barcelona, Septiembre de 2004.

¹⁷ Jervis, R.: *International Politics and Diplomatic History: Fruitful Differences*, Columbia University, Published by H-Diplo/ISSF on 12 March 2010.

¹⁸ Schorske, C.E.: *Pensar con la historia*. Madrid, Taurus, 2001.

geografía –aquejada a juicio de los historiadores del vicio de la usurpación de términos, teorías y tendencias de las demás ciencias sociales–, haciendo propios algunos términos netamente geográficos, al estilo de *centro y periferia, fronteras y zonas fronterizas, espacios, lugares y dominios*¹⁹. En la última década del siglo XX se incorporaron con fuerza al marco de la Historia Internacional, la Historia del Mundo, la Historia Transnacional, las propuestas del cosmopolitismo y la gobernanza o el relativismo cultural. En los países de tradición anglosajona, más proclives a reinventar las estructuras académicas que a ser rehenes de ellas, la *Historia Internacional* absorbió a la más estricta *Historia de las Relaciones Internacionales*, implantándose en muchas universidades como área de investigación y a título integrador del muy variado trabajo que se desarrollaba en escuelas y departamentos.

A modo de ejemplo y por muy conocido, mencionaré el caso de la Historia Internacional que se hacía ya en el Departamento del mismo nombre en la *London School of Economics* a comienzos de la década de los años treinta (si bien la fundación de la Escuela es posterior, de 1954). En el poco más de medio siglo de funcionamiento, el notabilísimo grupo de historiadores que lo integrarían (eludiré la mención de nombres para no incurrir en la grave falta del olvido) han desgranado un conjunto de investigaciones y líneas docentes cuyo elemento común es una historia internacional, mundial, en un sentido estricto y por ello mismo muy variado y hasta disperso. En la actualidad (esto es, cursos 2011-12-13) en el programa de grado el listado de las materias que son objeto de enseñanza para la obtención del *grado en Relaciones Internacionales e Historia*, encontramos títulos tan dispares como: *The Structure of International Society*, *International History since 1890* (cursos generales), otros más especializados y repartidos en semestres durante tres años de estudios, del estilo de: *From Empire to Independence: the Extra-European World in the Twentieth Century*, *The Internationalisation of Economic Growth, 1870 to the Present Day*, *The History of Russia 1682-1825*, *Latin America and the United States since 1898*, *Sovereignty, Rights and Justice: Issues in International Political Theory*, o *Systemic Change in the Twentieth Century: Theories*

of the Cold War. Así, prestando atención específica a una forma de estudios combinados y de amplio espectro, tampoco se desprecian los de rango político y teórico, o los adecuados a una historia de raíces más clásicas.

No es descabellado concluir que en las últimas décadas no sale muy bien parado el intento de completar un discurso eficiente a propósito de la forma del sistema mundial. Al incorporarse al análisis y a la crítica elementos sobre los que se había hecho poco hincapié antes del cambio de siglo, ha habido que tomar en consideración la forma de los estudios, valorando la inserción de opciones poco claras como son el internacionalismo o la mundialización de la historia, por no mencionar el problema de la falta de perfiles concluyentes en el conocimiento internacionalista o la revitalización de campos transdisciplinares específicos y desvinculados del padrinazgo de disciplinas clásicas (el derecho, la política o la historia). Como se verá más adelante, esta es la suerte que han corrido los estudios a propósito del conflicto, la guerra y la geopolítica, aunque también los relativos a los procesos de la memoria y la justicia transicional de las naciones bajo la mirada atenta de la sociedad internacional, sin olvidar la mencionada gobernanza en sus múltiples facetas, o a la vinculación de las cuestiones de género a la escena pública internacional.

2. REDES: LA HISTORIA NACIONAL ATRAPADA EN LA HISTORIA INTERNACIONAL Y DEL MUNDO

La experiencia histórica muestra que, siendo ineludible en la historia reciente y para las relaciones internacionales el peso de las relaciones bilaterales, el modo en que se verificaba el nexo entre los estados-nación se ha ido incorporando al tejido regional y supranacional²⁰. A fin de cuentas, y pese a las ideas sobre el debilitamiento de categorías clásicas –sin ir más lejos la del estado nación–, a cuenta de la enorme influencia en el presente de las estructuras transnacionales o *paranacionales*, no hay razones para que dichas categorías no sigan estando en el centro de los discursos. Muy al contrario permanecen, siendo revisitadas una y otra vez por los historiadores, a la luz de las experiencias del presente. La medida de la

¹⁹ Ver: Jackson, P.: “¿Nuevas geografías culturales?” en *Anales de Geografía*, nº 34, 1999, 41-51.

²⁰ Larres, K. (ed.): *Uneasy allies: British-German relations and European integration since 1945*. Oxford and New York, Oxford University Press, 2000.

progresiva institucionalización (tecnificación) de la vida internacional resulta ya decisiva para modelar las formas internas de los estados nación, facilitándoles la supervivencia ante a las contingencias globales que afectan a su particular historia.

Cada vez con más acierto los programas de estudio de muchas universidades occidentales buscan proporcionar a los estudiantes relatos amplios, territorial y espacialmente hablando, en los que predominen los criterios de relación y comparación. El tránsito entre siglos incrementó el interés por *los otros* y con él la reasignación de las historias internas a un lugar consecuente con los procesos generales. Pueden mencionarse varios ejemplos. Los casos de las Universidades de Columbia, y de California (*World History Association*, Long Beach, California) en los EEUU, que son distintos entre sí pero que resultan ambos tremendamente creativos por lo que hace a las áreas de investigación y de la docencia correspondientes. En St. Mary's College, California, merece la pena revisar la propuesta de unas relaciones históricas entre pueblos y culturas (por influencia de la Antropología) que culmina en la historia del mundo²¹ y moldea los estudios tradicionales de la historia del país en un espacio global.

No hay que perder de vista que el movimiento para internacionalizar la historia de los EEUU es relativamente reciente, por ejemplo en encuentros como *La Pietra Conference* (2000) auspiciada por la Universidad de Nueva York y la Organización de Historiadores Americanos. A juicio de los promotores —los profesores Bright, Geyer, Bender, Burke— y evaluadores de la iniciativa, esta tendencia docente e investigadora se ha afianzado en estos años. La materia *Historia Internacional estadounidense* no se ha pretendido como tal, académicamente hablando, sino que solo buscaría evadirse de los marcos tradicionales —cronologías, métodos, etc.— de la historia del país. En los programas de estudios que derivan de este modelo, los hilos conductores de la narración serían aspectos tales como los océanos o el comercio. Por la mediación de estas formas discursivas, se iría abandonando el *excepcionalismo* histórico estadounidense, quedando ligada su historia de un modo natural a la de Eurasia, África o América Latina.

El protagonismo de las actividades locales, de las ciudades costeras, de los puertos, etc. es fundamental en estas formas de historia no nacional o mundial, centradas en la faceta exterior de los paí-

ses. También es predominante la comparación entre el desarrollo material, ideológico y simbólico de las culturas que entran en contacto. En el caso de la universidad de California, destacan los estudios sobre la actividad en el Pacífico, o la recuperación de la historia del siglo XIX en clave de ampliación del marco geográfico, revitalizando la noción de redistribución del poder colonial en el mundo (geopolítica) dentro de una historia cooperativa extra norteamericana. Así por ejemplo, la fiebre del oro californiana solo cobraría sentido para la historia nacional en el contexto de las crisis y la diáspora mundial de emigrantes, o la historia de la configuración del país en los movimientos *transcontinentales* de mercancías, personas e ideas.

La crítica a este tipo de desmantelamiento de las historias nacionales se sustenta en un argumento simple aunque potente: la propensión obsesiva del presente a las miradas a gran escala y los *meta-relatos*. Pero la resistencia lógica de las historias nacionales, acusadas de eludir los discursos extra nacionales incluso a propósito de cuestiones que les conciernen, es un problema menor que suele resolverse como es habitual en el plano de la negociación, por el argumento del influjo mutuo entre lo inmediato y lo global. El problema de la cronología sí tiene en cambio mayor relevancia, puesto que al intentar encajar la dimensión exterior en las viejas historias nacionales, se hace forzado repensar los criterios cronológicos con que se organiza el discurso de la patria. *Reperiodizar* la historia nacional en función de la historia internacional es inhabitual y además acarrea problemas de índole práctico —sus tiempos son, especialmente en la experiencia política, más cortos. Tampoco es baladí, en términos de corrección política actual, la carga *civilizatoria* del discurso nacional, poco adecuada a los discursos globales. Estos hacen excesivamente visibles las narrativas dominantes frente a las particulares. En estos y otros argumentos se funda la resistencia de las escuelas nacionales de historia con respecto a las propuestas de historia internacional o del mundo.

En este sentido nuevamente es llamativa la tensión en la academia estadounidense, pues a los problemas metodológicos habituales y comunes a tantas otras se añade la tradición de una historia nacional elaborada, como dije, en el *excepcionalismo* y el destino manifiesto. A modo de ejemplo citaré el libro de Thomas Bender, profesor de la NYU,

²¹ Guarnesi, C.: "Globalizing the United States history survey", St. Mary's College, California, junio 22-25, 2006.

A Nation Among Nations (2006)²², trabajo centrado en la historia de las interacciones muy debatido en los últimos años. Bender organiza la historia nacional en función de la del mundo, por el muy sencillo método de crear una cronología nacional que responda al modo en que –a su juicio– EEUU se consagra junto a otras naciones y regiones del mundo a la ardua tarea de interactuar con su entorno. Las formas históricas compartidas quedarían en resalte oscureciendo el discurso épico y de liderazgo nacional. El *antiesclavismo* estadounidense por ejemplo –pieza clave en la historia nacional– es tratado como una pieza más de las tendencias internacionales, con referencias potentes a muchas otras regiones del planeta, véase la cercana Revolución de Haití. En el libro de Bender el Presidente Lincoln pierde parte de su aura mítica de héroe emancipador para convertirse en sujeto de su época atento a las corrientes internacionales del liberalismo y a otros influjos del pensamiento europeo y americano.

Parece obvio que esta como otras propuestas instan a las historias nacionales al abandono definitivo de su *excepcionalidad*. El problema esencial para casos como el estadounidense es que el discurso de la nación hegemónica se ha construido precisamente sobre el mencionado argumento de la excepcionalidad²³, una tesis que resulta insatisfactoria a la historiografía reciente. Los historiadores clásicos –especialmente tras la Segunda Guerra Mundial– habían trabado el discurso de un imperio abstraído en sí mismo aunque pujante –emotivamente natural y salvaje– construido en el siglo XIX a la luz del *Destino Manifesto* y en consecuencia plenamente habilitado para abrir mercados y defenderlos a ultranza. Esta lectura daba por cierto que el destino *liberador* estadounidense protegía a las naciones jóvenes y débiles de la ambición colonial decadente, de la que por su parte Estados Unidos se había liberado²⁴. Pero en la criti-

cada interpretación de Bender en cambio –y sin renunciar al excepcionalismo– se muestra una nación con trazos imperialistas similares a los de los imperios europeos. Primero el Atlántico, luego el Pacífico, en estas áreas se produciría un aprendizaje interactivo de mutuo aprovechamiento en los usos coloniales. Así, no habría nada singular en los modos en que EEUU ha dibujado su relación hegemónica. En el uso de pautas compartidas, la excepcionalidad admitida por Bender no incorpora la originalidad del comportamiento, acercándose así a los enfoques de la historia internacional.

En la universidad de Columbia por su parte, y junto con programas e investigaciones sobre la historia del mundo en las secciones clásicas –Historia Antigua y Moderna de Europa (1350-1750), Europa Contemporánea, Historia Internacional y Global– y estudios sobre África, Extremo Oriente, Latinoamérica, Próximo Oriente y Oriente Medio, Sur de Asia o los EEUU, nos topamos con las investigadores históricas de algunos profesores como Marc Mazover²⁵ o Matthew Connelly²⁶. Mazover, especialista en historia contemporánea de Europa y Director del Centro de Historia Internacional de la Universidad de Columbia, ha trabajado a propósito del papel de las policías en los regímenes europeos y los Estados Unidos para controlar las disidencias y las disconformidades sociales, subrayando de qué modo las democracias o las dictaduras a lo largo de siglo XX afinaron sus mecanismos –véanse organizaciones como europea la Interpol– de intervención y control internacional. También merecedora de atención es la propuesta metodológica de una *Biografía Social como Historia del Mundo*, a cargo del profesor Edmund Burke III, director del Centro de Historia del Mundo de la Universidad de Santa Cruz²⁷, California, y buen especialista en la historia contemporánea del Magreb²⁸. Esta línea de trabajo intenta aprehender

²² Bender, Th.: *A Nation Among Nations, American, s Place in World History*, New York, Hill & Wang, 2006.

²³ Para el problema de la hegemonía estadounidense en la historia reciente, Huguet, M.: “El liderazgo estadounidense en la década de los años noventa” en *Revista de Historia Actual*, vol. 6, 6, 2008, 129-143.

²⁴ Williams, W. A.: *The tragedy of American Diplomacy*, New York, Dell, 1972 (2ª ed).

²⁵ Mazover, M. (ed): *Policing of Politics in the 20th Century: Historical Perspectives*. Berghmans Books, 1997.

²⁶ Connelly, M.: *Fatal Misconception: The Struggle to Control World Population*, 2008.

²⁷ Para el método propuesto: Burke, E. III.: “How to write a social biography” <http://cwh.ucsc.edu/Writing.Social.Biogs.pdf>, 2007.

²⁸ Pionero en los años setenta dentro del mundo académico estadounidense en los estudios referidos al Islam en el Magreb francófono, y a los procesos de descolonización, es autor de varias e interesantes investigaciones de historia comparada y de las relaciones internacionales, así como de enfoques teóricos a propósito del tema. Citaré dos de sus textos: *A comparative view of French native policy in Morocco and Syria, 1912–1925*, Middle Eastern Studies, Taylor & Francis, 1973; “Theorizing the histories of colonialism and nationalism in the Arab Maghrib”, *Arab Studies Quarterly*, vol. 20, nº 2, 1998, 5-19.

las trayectorias vitales de la gente corriente aplicando las estrategias de la investigación propias de la historia social bajo una perspectiva de historia del mundo. Si se leen los acontecimientos de esas vidas desde la óptica de una historia del mundo, las biografías sociales aportan luz a la narrativa de una historia global, con especial atención a los cambios de gran escala. La relevancia del individuo anónimo en tanto sujeto histórico al margen de la categoría tradicional de *masa*, conviene pues perfectamente a una historia internacional habitada por nuevos agentes y sujetos de la acción.

A finales del siglo XX se produjo por otra parte una reconsideración del papel de las naciones, las fronteras y los aspectos políticos en la historia internacional, del presente y del pasado. Tanto es así que, la historia recuperó los enfoques globales —denostados en las décadas de la especialización— dándose atención preferente a la comparación entre los modelos historiográficos clásicos y nuevos²⁹. Como expresión en clave mundial de los asuntos internacionales se hizo énfasis de los *World Order Studies*, acerca del sistema u orden mundial. Estos estudios florecieron en relación a los eventos relacionados con el final de la Guerra Fría a partir de los años ochenta. La especificidad de los estudios sobre el nuevo orden no dejaba indiferente al historiador, por ejemplo las investigaciones a propósito de la *paz y la gobernanza* en el nuevo orden. En 1980, Richard Falk había publicado: *The Shaping of World Order Studies: a Response*³⁰, trabajo en el que indicaba que la ambición de este tipo de estudios era producir un marco útil para comprender y actuar ante los cambios globales de la época (guerras, pobreza, injusticia...), en escala micro (familiar) y macro (mundial). Así, el *World Order Models Project* (WOMP), dentro del *Institute for World Order* constituía una instancia transnacional e independiente, encaminada a comprender problemáticas de carácter global. En los documentos de trabajo del proyecto —de los años ochenta y algunos accesibles *on line*— se insistía en que el proyecto

buscaba suplantarlo (sic, en inglés) el modelo de las relaciones internacionales vigente hasta la fecha. Los propósitos —de investigación, formación y praxis (diálogo y política) habrían de contribuir a un orden mundial más justo. Los métodos a propósito del proyecto incluían discusiones sobre el orden mundial, la atención al marco general (diagnóstico y pronóstico) de sus condiciones, el diseño de modelos, y la cartografía de procesos concretos de transición que tomaran en consideración estrategias comunes.

Por otra parte, se abría camino a la no siempre tolerada idea de que las relaciones internacionales bien podían ser objeto de interés de la gente corriente, cuya vida además podría ser fuente de conocimiento para la materia. Se proponía investigar con los investigados, escuchándoles e incorporándoles como objeto y sujetos activos de la investigación. En los años setenta y en este sentido, Roy Preiswerk había hecho una crítica a las ciencias sociales tradicionales reivindicando aproximaciones al estudio de las Relaciones Internacionales desde perspectivas centradas en las comunidades y en las personas. El título del texto era ya revelador: *Could we study international relations as is people mattered?*³¹ Este tipo de propuesta se inscribía en las corrientes de signo idealista, respaldadas por discursos tan reputados como los del propio Galtung³².

Con todo tampoco este proyecto era enteramente nuevo, ya que el mismo Falk había alertado sobre los peligros planetarios provenientes de las alarmantes relaciones mundiales³³. En aquella época la materia central de los estudios mundiales estaba en parte ligada a la prospectiva, en relación por ejemplo con los límites del crecimiento humano. Véase al respecto el *1980's Project*, auspiciado por la *Comisión Trilateral* y el *Council on Foreign Relations*. Los estudios sobre un orden mundial tenían entonces un gran calado político, pues trataban de encontrar fórmulas alternativas al considerar que la realidad era dinámica y se veía asaltada

²⁹ O, Brian, P.: "Historiographical traditions and modern imperatives for the restoration of global history", en *Journal of Global History*, 1, London School of Economics, 2006, 3-39.

³⁰ Falk, R.: "The shaping of world order studies: a response", en *The Review of Politics*, vol 42, 1, enero, 1980, 18.

³¹ Preiswerk, R.: "Could we study international relations as is people mattered?" en Wien, B.J., Feller, G.: *Peace and World Studies: a Curriculum Guide*. Institute of World Order, NY, 1981.

³² Galtung, J.: "Is peaceful research possible? On the methodology of peace research" *Peace, Research, Education, Action*, Copenhagen, Christian Ejlert, 1975.

³³ Falk, R.: *This endangered planet: Prospects and Proposals for Human Survival*. New York, 1972.

permanentemente por eventos insospechados. El nuevo sistema internacional imperante tras el final de la Guerra Fría fue llamado por algún autor Cosmocracia, definido por la fuerza del idealismo –derechos humanos, guerras contra la injusticia, redistribución de la riqueza y preocupación por el medioambiente³⁴. Hacia esta Cosmocracia y aún en plena Guerra Fría, en la década de los años '70 la sociedad internacional intentaba convertirse en una comunidad de intereses, lamentablemente lastrada por el enorme peso de los conflictos enquistados a los que se unían siempre otros nuevos de una virulencia insoportable.

Pero fue la ciencia en el último tercio del siglo XX –un bien de interés nacional en torno a las guerras mundiales– la que tomó la delantera como un recurso internacional en el ámbito de la cooperación. Muchos científicos pretendían apostatar de la nación/patria para incorporarse al ámbito definido por objetivos de bienestar y crecimiento común. Una vez mermadas en apariencia las fuerzas e intereses de las naciones, las jerarquías, pactos, alianzas y las cumbres de los sistemas clásicos dejaron lugar a un mundo supranacional en el que los principales movimientos –economías y movimientos civiles, innovación– eran de signo transnacional. Ni siquiera el movimiento obrero en su internacionalización –en el tránsito del siglo XIX al XX– había alcanzado semejantes metas. Antes bien, había sido derrotado por la potencia de las ideologías nacionales.

3. FRAGMENTOS: DE LA HISTORIA COMO CONFLICTO A LA HISTORIA DE LOS CONFLICTOS

El tema de la guerra ha descollado siempre en la vida internacional, por su virulencia y efectos sin duda, pero también por el interés que suscita su estudio. A la gente le entretiene el relato y el estudio de los conflictos armados y de esta atención, en ocasiones insana, obtiene sobrado beneficio una peculiar industria cultural que hace la guerra su centro. Cuando un grupo humano se enfrenta queda inmerso en una guerra se suele hacer balance de la tensión perpetua entre la guerra y la paz. La

dialéctica al respecto guarda en término culturales la apariencia de un encono latente e incomprensible entre barbarie y civilización. Nada pues tan tentador y a la vez tan fácil como leer la Historia en clave de paradigma conflictual, como si el conflicto –permanente– sostuviera la normalidad del ser humano, y los logros que en torno a él se gestan –medicina, comunicaciones, asistencia humanitaria– supusieran las excepciones necesarias para mirar la guerra en su justa medida³⁵.

Hace no mucho tiempo aún políticos y ejércitos parecían tener el patrimonio sobre la guerra. Las sociedades civiles en cambio eran receptoras de los episodios bélicos –nacionales o internacionales– que otros provocaban por ellas, no viendo los ciudadanos de a pié razón alguna para suponer que la decisión de la guerra también les competía o para preocuparse de los avatares dinásticos, económicos o diplomáticos que provocaban las refriegas. En nuestros días en cambio las sociedades hace tiempo que tomaron conciencia de que es preciso no ser llevadas a la guerra en contra de su voluntad. Tengan razón o no en este asunto las poblaciones, los conflictos armados mantienen el interés preferente de buena parte de la opinión pública, siendo además objeto de muchísimas investigaciones que han hecho de ellos la materia principal de su actividad.

El uso indiscriminado en nuestros días de los términos guerra y conflicto sugiere trampas semánticas propias de la corrección política. En los últimos lustros los autores se han hecho preguntas a propósito de qué es la guerra y qué la paz, o cómo entender un conflicto armado moderno, a comienzos del siglo XXI, en su tipología y en la dimensión de la violencia que acarrea. Los investigadores sociales no olvidan los problemas de la intervención humanitaria o los de la comunicación; tampoco la prevención de las guerras, las formas de negociación para superar conflictos o la áspera cuestión de las economías de reconstrucción en los países o áreas arrasadas por la guerra. Igualmente han sido y siguen siendo temas ligados al conflicto, el comercio de armas o el beneficio de los lobbies³⁶ de armamento en las economías pujantes; también las agendas para el desarme, o la amenaza en razón a la

³⁴ Ortega Carcelén, M. C.: *Cosmocracia: política global para el siglo XXI*. Barcelona, Síntesis, 2006.

³⁵ Wasserstein, B.: *Barbarie y civilización. Una historia de la Europa de nuestro tiempo* (2007). Barcelona, Ariel, 2010. Texto de corte clásico, que recorre la historia de Europa en clave de concatenación entre guerra y paz.

³⁶ Fisas, V.: *El Lobby Feroz*, Barcelona, Icaria, 1998.

proliferación nuclear. Todas estas líneas de investigación confluyen no obstante en una premisa de rango idealista: la sensibilización general con respecto a las culturas de paz que buscan conjurar en sus raíces la violencia y frenar el estallido de nuevas guerras³⁷. Abundan, especialmente en la historiografía anglosajona, los estudios relativos a las sociedades civiles, con una mención especial a las mujeres y sus activismos a lo largo de la historia en pro del antimilitarismo y la paz³⁸.

Las guerras contemporáneas, si bien algunas de rango nacional y comprometidas en su desarrollo por los cada vez más estrechos márgenes del derecho internacional, se han fragmentado a efectos de la investigación y han adquirido diversas tipologías, véase por el acceso a las materias primas, el agua o los recursos energéticos³⁹, por el choque de las culturas⁴⁰ o el integrismo de las religiones⁴¹. Este tipo de organización temática propone al entendimiento general un conjunto de explicaciones que parecerían del todo razonables si la perspectiva del análisis científico no terminara por darles escasa verosimilitud. Así pues, la materia en términos editoriales no ha hecho sino crecer. Durante las dos pasadas décadas, y como resultado de las relecturas multidisciplinares de la guerra y de los conflictos, se publicaron en español –traducciones y relatos originales– un gran número de trabajos, dentro de la categoría del ensayo histórico y también atlas así como anuarios de la guerra y de la paz⁴², sin olvidar las monografías especializadas en ciertos conflictos puntuales⁴³.

Pero las lógicas de la guerra han venido servidas de antiguo por argumentos paradójicamente

ilógicos. El alejamiento de la realidad en las percepciones que los actores tienen del enemigo ha sido causa de desmanes y origen de proyectos bélicos a gran escala o sumamente descabellados. ¿Qué decide a un estado a poner en marcha una guerra –o a sugerirle a su aliado que se implique en él–, sabiéndose de antemano que los costes humanos y materiales no serán resarcidos ni siquiera en la más optimista de las previsiones? Las guerras desde siempre han tomado rumbos imprevistos y se alargan o se enquistan produciendo sangrías, no por conocidas menos buscadas. Esto es algo que nadie ignora, tampoco los investigadores.

Por ejemplo, en los años ochenta el profesor Jervis advertía acerca de la carencia de lógica en la estrategia nuclear de los Estados Unidos (1984)⁴⁴, así como de las llamadas *áreas de misperceptions* (1988)⁴⁵, también sobre las iniciativas conducentes a prevenir las guerras que implicaban a la Unión Soviética. El pragmatismo de este tipo de investigaciones debiera haber bastado para prevenir los acontecimientos bélicos que sin embargo no tardarían en llegar. Pero el estudio de los conflictos no ha solido contemplar el análisis psicológico de las decisiones, siendo la propuesta más habitual, que no es poco, concebir modelos interpretativos accesibles desde las distintas ciencias sociales. Desde los años setenta sin embargo las ciencias del comportamiento humano⁴⁶ y la economía –véase la *“Chain store Paradox”*⁴⁷ por ejemplo– accedieron al campo del internacionalismo.

En un plano más cercano a las teorías realistas sobre la guerra y la paz, las últimas décadas vieron crecer el número de trabajos referidos a la ruptura

³⁷ Fisas, V.: *Cultura de paz y gestión de conflictos*. Barcelona, Icaria, 1998.

³⁸ Una revisión global sobre el activismo pacifista de las mujeres en los siglos XIX y XX, Hugué, M.: “Una historia contemporánea a propósito de las mujeres en la guerra y en la paz”, en Azcona et alii.: *Guerra y Paz. La sociedad internacional entre el conflicto y la cooperación*, Madrid, Dykinson/URJC, 2012 (en prensa)

³⁹ Giordano, E.: *Las guerras del petróleo: geopolítica, economía y conflicto*, Barcelona, Icaria, 2002.

⁴⁰ Reina, L. et alii, (coords): *Identidades en juego, identidades en guerra*. México D.C., Antropologías, 2005, 289-292.

⁴¹ Huntington, S.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona, Paidós, 1997.

⁴² *Anuario del Centro de Investigaciones para la Paz (CIP)*, Fundación de Hogar del Empleado. O bien, la *Guía del Mundo (Guide to the World)*, editada por el Instituto del Tercer Mundo, al modo de las antiguas geopolíticas o historias políticas universales.

⁴³ A modo de ejemplo, la serie de monografías editada por el *Instituto Francisco de Vitoria*, de la Universidad Carlos III de Madrid.

⁴⁴ Jervis, R.: *The Ilogic of American Nuclear Strategy*, Ithaca, 1988.

⁴⁵ Jervis, R.: “War and Misperception”, en *Journal of Interdisciplinary History*, (MIT), XVIII, spring, 4, 1988, 675-700.

⁴⁶ Jones, E.: “How do people Perceive the Causes of Behaviour?” en *American Scientist*, LXIV, 1976, 300-305.

⁴⁷ Selten, R.: “The Chain Store Paradox”, en *Theory and Decision*, IX, 1978, 127-159.

del equilibrio que se operó tras el final de la Guerra Fría⁴⁸, a propósito de los cambios sociales y culturales de la postmodernidad⁴⁹, que –en términos históricos y políticos– abocó al hito de 1989⁵⁰. A juicio de los historiadores los años comprendidos entre 1989 y 1991 en sus múltiples acontecimientos, ponían fin al siglo XX. La incertidumbre temerosa –el sentimiento de indeterminación radical⁵¹– frente a una experiencia histórica, no por más esperada menos desconcertante, guió en buena medida el espíritu inicial de estos trabajos⁵². La mirada sobre el siglo XX se hizo elusiva, como si ante la brillante oportunidad de una nueva época cupiera dar portazo a la anterior, oscurecida, de la que apenas merecía la pena dejar el registro de unas pocas acciones memorables⁵³. Así pues, lanzados al siglo XXI directamente desde el XIX, se sugeriría que el siglo XX no había existido, históricamente hablando, pues todo lo que almacenaban sus décadas ya estaba presente en el siglo anterior. Nada se evidenciaría en el siglo XX como nuevo, ni el capitalismo ni la sociedad internacional pergeñada en el XIX. De modo que el escepticismo fin de siglo provenía no tanto de la decepción ante la experiencia como de una impresión de *vaciamiento* del siglo XX, que se disolvía en el XXI sin haber llegado a construir ninguna estructura propia.

Por concederle algo positivo al siglo que terminaba, se apuntó que lo había hecho sin el temido apocalipsis, esa tercera guerra mundial apalancada en el inconsciente colectivo de las décadas centrales del siglo XX, que los jóvenes de entonces sintieron como parte de su peculiar *educación sentimental*. Pero al terminar el siglo los comunistas

habían dejado de ser los enemigos de la civilización occidental. Los oponentes eran imprecisos y índole muy diversa. Los proporcionaba la renovada censura conservadora ante la disolución del orden y la moral tras la II Guerra Mundial⁵⁴, pero también la mirada crítica o radical sobre el capitalismo agresivo encarnado en el poder supraestatal de las grandes corporaciones, tal como explicara Raymond Williams a comienzos de los ochenta⁵⁵.

Ciertamente existían conflictos, coletazos de una Guerra Fría que se había cerrado en falso –dirían los analistas. Guerras sangrientas y odiosas, sobre todo en el continente africano y en Asia. Con la guerra de Afganistán a la espalda, la Guerra del Golfo (1991) sobrevino como un mustio o flojo remedo del *gran conflicto*. En ella estaba implicado el más eficiente ejército del mundo, el estadounidense, lo que daba pie a pensar en la implicación de sus aliados. Pese al tiempo transcurrido, la memoria de la II Guerra Mundial (Corea y Vietnam en la estela reciente) no quedaba aún abolida, si bien era obligado reconocer que esta guerra actual –siendo un *gran conflicto* regional– se desenvolvería por unos derroteros poco sospechados. Ríos de tinta corrieron para señalar que la Guerra del Golfo, despachada al consumidor en directo, anulaba el hecho mismo de la confrontación por ser una experiencia irrepetible, servida en caliente con todos sus matices en el terreno de lo virtual: el de los medios de comunicación o, si se prefiere, el del simulacro⁵⁶.

Convenía evocar para valorar el salto tecnológico los remotos episodios del pasado. Un siglo y

⁴⁸ Smolansky, B.M. y Smolansky, O.M.: *The lost equilibrium: international relations in the post-Soviet era*, London, Associated University Press, 2001.

⁴⁹ Jameson, F.: *Postmodernism, or, the cultural logic of Capitalism*, Durham, Duke University Press, 1992.

⁵⁰ Best, H. y Wennige, A. (Eds): *Landmark 1989: Central and Eastern European societies twenty years after the System Change*, Berlín, Leibniz Institute for Social Sciences, 2010.

⁵¹ Baudrillard, J.: *La ilusión del fin*, Barcelona, Anagrama, 1995. También Huguet, M., “El sentido de las incertidumbres en la Historia del Presente”, en V.V.A.A., *El siglo XX: balance y perspectivas*, Valencia, Cañadas Blanch, 2000.

⁵² Payeras, M. y Fernández, L.M. (Eds): “Terroros fin de milenio”, en *Fines de siglo y modernismo*, congreso internacional, Buenos Aires/La Plata, 1996, 583-587.

⁵³ Borrar, vaciar el siglo XX fueron términos usados por los ensayistas del momento, por Negri, T.: *Fin de siglo*, Barcelona, Paidós/Universidad Autónoma de Barcelona, 1992, que –de forma provocativa y desproporcionada– sugiere que el siglo XX no ha existido.

⁵⁴ Stahl, J.M., *Selling conservatism: Think tanks, conservative ideology, and the Undermining of Liberalism, 1945-Present*. University of Minnesota, 2008. Caps. 2, 3.

⁵⁵ Sobre el pensamiento de Williams: “Leader on the left in exile”, en Inglis, F., *Raymond Williams*, London, Routledge, 2005, p.198, además por supuesto del libro del propio Williams, R., *Towards 2000*. London, Chatto & Windus, 1983.

⁵⁶ Baudrillard, J.: *La Guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Barcelona, Anagrama, 1991.

medio atrás las primeras fotografías en prensa, de la Guerra de Crimea (1853-1856), realizadas por Roger Fenton⁵⁷ –posados de batalla– dejaban atónitas a las poblaciones de Europa. En las imágenes, las baterías y los soldados dispuestos para el combate, los paisajes de la guerra –*The valley of the shadow of death* (1855), terreno vacío de vida y cubierto sin embargo por las bolas de cañón– mostraban al espectador las batallas *tal y como eran*, esto es, cualquier cosa menos heroicas. Puesto que la cámara de Fenton no estuvo presente en los momentos de la batalla, los historiadores han supuesto que la fotografía mencionada fue una *reconstrucción* del estado del campo tras haberse levantado los cadáveres. La disposición de las municiones sobre el terreno baldío sería una metáfora de la distribución de los cuerpos de los soldados ingleses en él, produciendo un enorme impacto visual en los espectadores. Sin quererlo pues, el trabajo de los fotógrafos de guerra en prensa contribuyó ya en aquellos días a una suerte de activismo social contra la guerra⁵⁸.

Ahora, a comienzos de los noventa del siglo XX, las luminarias *verdiazules* nocturnas sobre las ciudades de oriente medio parecían tomar en consideración la hora del día en que los ciudadanos occidentales se sentaban a cenar delante del televisor tras la jornada laboral, para servirles en directo raciones de guerra. Un espectáculo diferente y curioso, si bien de interés efímero en la tan sobrecargada parrilla audiovisual de las últimas décadas. Veinte años después de aquel conflicto, la singularidad de la primera Guerra del Golfo quedó tasada no en el número de víctimas o en el resultado militar del combate, sino en términos de proeza comunicativa por haber sido *la primera vez que los teles-*

pectadores asistían a una guerra sentados en la primera fila del teatro de operaciones.

Pero si la tercera guerra mundial, la *atómica* (quizá sea el atómico el único experimento propio del siglo XX en la percepción de quienes vienen negándole toda originalidad), había sido conjurada a finales de los años ochenta, ¿bajo qué naturaleza iba a mostrarse la conflictividad fin de siglo?, ¿cómo habrían de ser las nuevas guerras?⁵⁹ La literatura al respecto no daba respuesta a las clásicas preguntas en torno al por qué de las guerras, pues la historia mostraba que el balance posbélico compensaba solo en parte los intereses que promovían los conflictos. La historia enseñaba repetidamente que en la ecuación coste-beneficio ninguna sociedad sometida a una guerra había salido nunca bien parada, más allá ciertamente de que pudiera afirmarse que con las guerras –o tras ellas– puede llegarse a recuperar el equilibrio roto entre la producción y el consumo, lo cual beneficia ciertamente a los comerciantes cuyos negocios sobreviven.

La guerra se situó editorialmente hablando en posiciones aventajadas también por lo que a su prognosis se refiere⁶⁰. De entrada se asistía a un inconcebible aumento de los conflictos armados entre pueblos y Estados. Desde los siglos XVII y XIII casi todas las regiones del Mundo, pero en especial de Occidente, habían practicado coaliciones y guerras de Estados. Las guerras de entonces se basaban en los recursos de cada país o nación y tenían objetivos casi siempre políticos. De hecho, las necesidades de las fuerzas en guerra –dinero, hombres, armas– habían jugado un papel fundamental en la configuración de las naciones-Estado modernas. El siglo XIX aportó la guerra ciudadana

⁵⁷ La edición de aquellas fotografías fue una auténtica proeza, habida cuenta de las aún limitadas condiciones técnicas de la técnica en ese momento y del propio viaje del inglés Fenton, sometido a la dureza del terreno e incluso al cólera. Fenton fotografió el escenario de la guerra, mostrando principalmente –exigencias del perfil victoriano de la información– la vida de los soldados en la retaguardia: sus comidas, las risas relajadas en el descanso. En el magnífico libro de James, L., *Crimea 1854-56: the war with Russia from contemporary photographs*. Hayes Kennedy, 1981.

⁵⁸ Bogre, M., *Photography as Activism: Images for Social Change*. China, Focal Press, 2012.

⁵⁹ Respecto a la naturaleza económica de los conflictos, en España fue especialmente debatida la conferencia de Thurow, L., *La guerra del siglo XXI, la batalla económica que se acerca entre Japón, Europa y Estados Unidos*. Madrid, Editorial Complutense, 1994, de quién se publicó también el texto: *El futuro del capitalismo*, Madrid, Ariel, 1996. (en inglés en Penguin Books, 1997), profecía de tintes melodramáticos a propósito de la reconfiguración del mundo a partir de las nuevas formas y división del trabajo, de las finanzas, tecnología y capital. De los trabajos de Thurow, quizá el más significativo a mi modo de ver, por la aportación metodológica, fue el texto de 1970, *Corrientes Peligrosas, el estado de la ciencia económica*, Mexico, FCE, 1988, a propósito de cómo los acontecimientos mundiales importan en la vida de las naciones.

⁶⁰ Toffler, A. y Toffler, H., *Las guerras del futuro*. Barcelona, Plaza y Janés, 1994; Ramonet, I., *Wars of the 21th Century: New Treats New Fears*. Ocean Press, 2004. Ed. traducida al español: *Las guerras del siglo XXI*. Madrid, Debolsillo, 2004. Original en francés, 2002.

y revolucionaria, y el XX los ejércitos de masas. Aunque la guerra siempre ha estado vinculada a las revoluciones tecnológicas, el último siglo –desde la utilización de carros blindados en la Gran Guerra– deparó a la tecnología el rango de responsabilidad suprema en los desastres relegando a las personas a la condición de factores secundarios.

Pues bien, en la culminación del proceso, o las *nuevas guerras fin de siglo*, parecía comportarse según los siguientes indicadores. Eran guerras de *baja intensidad*, guerras tecnológicas y modernas, supuestamente (la experiencia mostraría que estas guerras modernas se enquistan igualmente que las antiguas) limitadas en el tiempo y en el espacio, y con objetivos muy precisos, así como ligadas a la estrategia de las superpotencias y de sus aliados. Su fundamento era más económico y estratégico que territorial. Se vaticinaba que serían guerras *sin combate* y con *muertos invisibles*, adscritos a los denominados *daños colaterales*. Mary Kaldor apuntaría con éxito un conjunto de rasgos estructurales sobre los que se reflexionó y no poco⁶¹. En un contexto de mundialización –decía– en el que se habían multiplicado los actores y empequeñecido el espacio mundial, bajo la égida del modelo liberal-democrático –señalaba– las guerras eran globalizadas porque sus efectos y repercusiones iban más allá de los combatientes locales⁶². Y efectivamente, las guerras a partir de los años noventa fueron guerras de exclusión, fundamentadas en la defensa de principios de identidad cuya orientación bien podía ser la homogeneización étnica y religiosa⁶³. El énfasis puesto en los estudios acerca de la guerra revitalizó la geopolítica⁶⁴, retomándose la disciplina con interés. Y no solo por lo que al presente se refería sino también en relación a la relectura de antiguos conflictos⁶⁵, actualizados a la luz de las guerras del presente, que en muchos casos se vinculaban con la cada vez más pujante cuestión de los recursos naturales y estratégicos, esencialmente los energéticos⁶⁶.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El ámbito de las así denominadas Relaciones Internacionales y de su Historia se ha visto absolutamente desbordado por la intensa experiencia de los tiempos recientes. Variados enfoques pretenden matizar y enriquecer el término: *relaciones mundiales, globales, historia internacional o historia mundial...* Incluso, si es el tiempo el que coloniza el criterio espacial, podemos elaborar una *historia del mundo actual*. Las diversas culturas académicas hacen un uso indiferenciado de estos rótulos para intentar dar contenido a los estudios e investigaciones que se refieren a la actividad humana *extranacional* con o sin una perspectiva de tiempo.

Las investigaciones en España, deudora quizá en demasía de los protocolos latinos y continentales, persiste en el rigor de las definiciones disciplinares clásicas. Así, hoy es plenamente aceptada, como una especialidad dentro de la Historia Contemporánea, la Historia de las Relaciones Internacionales. Algo que no evita sin embargo que los especialistas se planteen dudas respecto a la validez del marco y busquen rótulos más adecuados a las investigaciones y las enseñanzas, denominaciones que excedan del estricto paradigma de la historia política, supranacional, de las relaciones bilaterales y de la política exterior que siempre han conformado el grueso de la Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas.

A estas alturas pues el internacionalismo es fundamentalmente a mi juicio una cuestión de espíritu como ya se ha sugerido, y sonando como suena esta afirmación tan poco científica, constituye no obstante una justificación sensata para trastejar por espacios extra disciplinares, campos académicos paralelos y en algunos aspectos ajenos a los acostumbrados en nuestra historia, quizá con el único y sano fin de *internacionalizar* los usos y enseñanzas de las Historias Internacionales que las diversas academias nacionales vienen haciendo.

⁶¹ Kaldor, M.: *Las nuevas guerras*. Barcelona, Tusquets, 2001.

⁶² Reinares, F. y Waldmann, P.: *Sociedades en guerra civil*. Barcelona, Paidós, 1999.

⁶³ Ignatieff, M.: *El honor del guerrero*. Madrid, Taurus, 1999.

⁶⁴ Para España, Méndez, R.: *El nuevo mapa geopolítico del Mundo*. Barcelona, Tirant lo Blanc, 2010.

⁶⁵ Bouthoul, G.: *La guerra*. Barcelona, Oikos-Tau, 1971. Keegan, J., *Historia de la guerra*. Barcelona, Planeta, 1995.

⁶⁶ Klare, M.T., *Resource wars. The new landscape of global conflict*. Nueva York, Henry Holt, 2001.